

LAS INVISIBLES.

Aquel lunes amaneció como cualquier otro, pero algo no encajaba.

En la oficina, los pasillos olían a polvo, las papeleras no se habían vaciado, nadie había repuesto el papel higiénico en el baño. Las reuniones empezaron sin los informes y los mails no fueron contestados. Ni siquiera el depósito del agua de la cafetera se había rellenado.

En las casas, las neveras estaban vacías y las niñas y niños llegaron tarde al colegio, con los uniformes del día anterior y sin almuerzo.

Nadie entendía qué pasaba ¿Un apagón general? ¿Un sabotaje? Lo que siempre estuvo, ahora faltaba.

Pero a mediodía, alguien notó los carteles pegados en los ascensores, en los portales, en las puertas de las oficinas:

“Hoy no cocinamos, no cuidamos, no limpiamos, no organizamos. Hoy no sostenemos el mundo. Hoy paramos.”

Firmado:

Las invisibles.

Al día siguiente, todo volvió a la normalidad.

Pero en el telediario de la noche, una noticia pasó casi desapercibida:

“El país ha perdido 6,3 millones de horas de trabajo no remunerado en un solo día.”

Nadie supo cómo, pero el mundo se sintió... más vulnerable.